

# AGENCIA DE VIAJES

Joaquín del Val



---

---

## ADVERTENCIA AL LECTOR

Este libro recoge un conjunto de crónicas, doce en total, que relaté en el programa *El Tranvía* de Radio Villalba, presentado y dirigido por Alicia Ranea y Juan Carlos Vico, gracias a la insistencia de éste. También debido a su interés y constancia, tales crónicas se han acabado publicando. En principio, mis intervenciones en el programa estaban previstas para un año, con una frecuencia mensual, pero distintos avatares condujeron a que se extendieran desde octubre de 2012 hasta julio de 2015. Entre otras, la adversidad más importante fue mi estancia de un año y medio en Ecuador, donde las diferencias horarias y mis ocupaciones laborales hicieron imposible mi participación en el programa radiofónico. A mi regreso completé las dos últimas narraciones que quedaban pendientes para esa docena acordada.

Los exigentes conductores del programa me pedían que, antes de intervenir, escribiera algo en el blog que tienen a disposición del público. En el primer texto que preparé ya contaba mis pretensiones con la sección de la que me ocuparía, la Agencia de Viajes: dedicar unos minutos al mes a esa enfermedad, el viaje, que se ha convertido en una de las peores pandemias que han azotado a la humanidad. Y, para ello, partí de la premisa de que cualquier viaje lleva a ninguna parte. Marco Polo, Magallanes, Lawrence de

---

Arabia, Amundsen o Livingstone, que lo comprobaron en su propia carne, serían el espejo en que esa sección del programa nunca, o casi nunca, se miraría. En fin, ni siquiera sé si lo que pretendí ha acabado resultando una quimera.

Un editor, Herminio Gas, ha sido el último eslabón para que estos relatos aparezcan en papel. Muy mejorados con las estupendas ilustraciones que ha realizado, con cariño y mucho talento, Alicia Abralde. A todos los mencionados, incluidos también Marco Polo y los otros famosos viajeros, muchas gracias.

Sevilla, marzo de 2016

---

## UN LUGAR EN LEVANTE

Comenzamos esta sección, Agencia de Viajes, yendo a una localidad de la costa levantina que, aunque parezca imposible, es prácticamente desconocida. Yo supe de su existencia por un folleto que recogí en una feria de turismo, de esas que organizan diputaciones y mancomunidades, esos entes tan raros que hay en nuestro país y que nadie sabe explicar exactamente cuál es su función. El caso es que en el folleto, dedicado a glosar las excelencias de la región, encontré, casi escondido, un recuadro con una letra de tamaño minúsculo, que decía: “*Que numerosas sean las mañanas de verano en que con placer arribes a estas playas nunca vistas. Ténnos siempre en la memoria. Llegar aquí es tu meta, mas no apresures el viaje*”. Lo cierto es que el texto, en el que abajo figuraba el nombre del pueblo, me resultaba –además de intrigante y extraño para una promoción turística– vagamente familiar. Y no había nada más, ni una foto, ni una indicación de su situación, ni un eslogan turístico, nada.

Decidí, por tanto, que lo mejor era informarse. En el famoso buscador de internet aparecieron cerca de un millón de resultados en 0,37 segundos (¡imaginen si le dejo buscando un par de horas!). En este maremágnum, solo encontré una página que parecía referirse al mismo lugar del folleto, ya que su contenido era igual de enigmático:

---

ninguna foto, vídeo, mapa o enlace a otra página; pero sí un texto, también con letra muy pequeña, que enunciaba lo siguiente: “*Aunque pobre la encuentres, no te engañará nuestra población*”. Y al lado, el teléfono del ayuntamiento. Llamé y concerté una visita con el alcalde, un tal Ulises, que me explicó cómo llegar.

Las cuatro horas de viaje previstas se convirtieron finalmente en diez. Ninguna señalización existía en los lugares próximos y las indicaciones telefónicas tampoco me sirvieron de mucho. El pueblo es pequeño, tal vez vivan en él algo más de cien personas, y se sitúa en un promontorio junto a la costa. En los alrededores solo se ven campos de cultivo y una barriada de pescadores a unos pasos de la playa. Por alguna razón desconocida, la vorágine inmobiliaria se olvidó de este lugar. Cuando le cuento al alcalde mi sorpresa ante estos hechos, me contesta que este es un sitio poco usual: a los vecinos no le gusta ni la paella ni la fideuá ni la horchata, con o sin fartón. Que lo que más les gusta es una crema de yogur, ajo y pepino y, sobre todo, un plato a base de berenjenas, carne picada, besamel y queso rallado, que preparan al horno. También les vuelve locos los buñuelos de calabacín, los calamares rellenos de queso y verduras y las aceitunas negras. Ya ve, me dice, que hasta para la comida parecemos de otras tierras. Él nació aquí, aunque estuvo muchos años navegando por el Mediterráneo. Su mujer, con la que tiene un hijo, lleva una pequeña